Jorge Eduardo Rivera (1927-2017). In memoriam

ENZO SOLIARI ALLIENDE
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Ha fallecido, a la edad de 89 años, el filósofo chileno Jorge Eduardo Rivera. Deja tras de sí familiares, amistades y discípulos, también estimables textos propios y una biblioteca prodigiosa. Unos y otros, cada cual a su manera, lo presentan *leibhaftig*, en persona.

Filosóficamente, Rivera produjo algunas cosas notables. Como la portentosa traducción de *Ser y tiempo* en la que se empleó tantos años, así como su preciosa colección de ensayos filosóficos *De asombros y nostalgia*. Tales escritos muestran (y velan) a alguien intensamente especial. Alguien de quien pueden destacarse no pocos rasgos, todos ellos cruzados por una sostenida pasión filosófica. Es el caso de su cautivadora dedicación a la filosofía griega (Parménides y Heráclito, Platón y Aristóteles, siempre la luz: "Grecia es la luz: un exceso de luz", siempre la libertad –la *eleuthería*–). Asimismo, su pasión, obsesión casi, por Heidegger, por el camino del sentido, el acontecimiento y la verdad del ser. A la vez, se aprecia algo profundo en su admiración por Zubiri: no se trata solo de historia del ser, sino también de naturaleza y de Dios, lo que es tanto como tener que decir algo (si bien nunca suficiente) de la riqueza del sentir y la intelección, de la actualidad primordial, el poder fundamental y las sustantividades esenciadas y dinámicas de lo real.

Claro que esta interminable *gigantomakhía* en la que mentalmente vivía Rivera y de la que se era testigo cuando se lo escuchaba y leía no fue su única pasión filosófica. Nótense su nunca olvidada deuda para con Tomás (a la base del conocimiento temático, *in actu signato*, está siempre el conocimiento por connaturalidad, *in actu exercito*), su radical afinidad con Pascal (la apuesta, pari, como decisión y riesgo por lo más grande, por lo único que vale la pena, por la mejor de todas las posibilidades), su cultivo desinteresado de Agustín, Descartes, Kant, Hegel, Kierkegaard, Nietzsche, Husserl, Scheler, Ortega (así como, todo hay que decirlo, su cultivado desinterés respecto de la tradición analítica angloamericana).

Esta incandescente actividad filosófica estaba bien trabada con sus otras filias y fobias. Como la extraordinaria dedicación docente de Rivera y, en cambio, su aversión por lo 'académico'. Rivera era un maestro, uno que enseña (*magister docet*) con autenticidad, sin distancia entre el profesor y la persona, despertando vocaciones y fidelidades filosóficas por doquier. La suya fue una pasión sensacionalmente contagiosa. Ahora bien, de Rivera podría decirse lo que él dijo de Zubiri: "era todo menos un académico solemne. Filosofar era para él un quehacer absolutamente concreto. Y lo abordaba con pasión". De ahí el perfil de su método, el 'Kindergarten fenomeno-

lógico': la puesta entre paréntesis (la *epokhé*) de la tesis de la actitud natural, no para encapsularse en expresiones herméticas, sino para forjar a partir de la experiencia, en el medio (y en el mundo) del lenguaje, unos conceptos, términos e interpretaciones bien perfilados, tensamente claros. De ahí también que creyera que la filosofía se enseña solo si (y cuando) se funda en aquello que se estudia e investiga solitaria y colaborativamente, esto es, en la filosofía que esencialmente es amor por la sabiduría, ciencia del preguntar (*per-cunctari*). Por lo mismo, Rivera pensaba que la filosofía ha de ser el alma de la universidad propiamente tal: "la Universidad no es universidad por el hecho de que en ella se otorguen 'licenciaturas'. Ello podría ser un mero trámite formal sin consecuencias para la Universidad en cuanto tal. "La Universidad es Universidad si está animada desde dentro por una real vida científica y filosófica". Rivera era de aquellos que despreciaba el delirio calculante y mercantil de la racionalidad universitaria, tanto en la legislación y la administración, como en el estudio y la pedagogía. Por eso era capaz de decir, como Zubiri, que "se pueden [...] escribir toneladas de papel y consumir una larga vida en una cátedra de filosofía, y no haber rozado, ni tan siquiera de lejos, el más leve vestigio de vida filosófica. Recíprocamente, se puede carecer en absoluto de 'originalidad' y poseer, en lo más recóndito de sí mismo, el interno y callado movimiento del filosofar".

Otra de las pasiones de Rivera fue la que tuvo por las lenguas, los genios idiomáticos, la aventura de traducir. Allí están, por un lado, sus estudios –a veces dilatados– de tantas experiencias latentes en el vocabulario filosófico: *phýsis*, *alétheia*, *prágmata*, *lógos*, *eînai*, *eîdos*, *ousía*, *enérgeia*, *sapientia*, *excessus*, *apex afectus*, *apex mentis*, *der bestirnte Himmel über mir*, *und das moralische Gesetz in mir*, *nóesis* y *nóema*, *Lebenswelt*, *Seinsverständnis*, *Geworfenheit*, *Bewandtnis*, *Jemeinigkeit*, *Ereignis*, *Wahrheit des Seyns*, *ex se*, sistema de notas, esencia constitutiva, alteridad real, *realitas in essendo*, impresión de realidad, inteligencia sentiente, animal de realidades, etc., etc. Por el otro, su consagración prolongada a la traducción de *Sein und Zeit* y más en general de textos hebreos, griegos, latinos, franceses, alemanes, aun daneses –una labor formalmente filosófica sobre la que dejó escritas algunas páginas preciosas–.

No hay que olvidar que algunas artes tocaron su nervio, su oído, su gusto. Especialmente la música, ese fenómeno sonoro y silencioso que translucía en sus clases y en el que se entreveran a radice el ser, el tiempo y, cómo no, variados y hondos afectos –en Rivera era usual que se volviera tema filosófico de primera magnitud el universo de temples anímicos fundamentales como el asombro, la angustia, la esperanza, el amor–.

En fin, apasionada también fue su práctica de la conversación y la amistad (como a Zubiri, le encantaba citar el juicio de Aristóteles: la amistad es lo más necesario de la vida) y su nostalgia de Dios: "una ausencia que es al mismo tiempo incitante presencia".

Se le extrañará, ciertamente. Ha partido alguien dotado de un carisma magnético, uno de esos que surgen muy de vez en cuando. Los lugares donde se le vio, sintió y conoció ya no serán los mismos. Su actividad, su voz, su silencio no resonarán ni en Viña del Mar y Valparaíso, en cuya Universidad Católica desarrolló la mayor parte de su vida intelectual, ni en Santiago de Chile, ni en otros países latinoamericanos y europeos. Cabría parafrasear: "la candente mañana de enero en que Jorge Eduardo

Rivera murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de la ciudad habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de él y que ese cambio era el primero de una serie infinita". Mas, según el propio Rivera, la vis a tergo que apoya, sostiene e impulsa la existencia humana se vislumbra en la verdad del ser de la que pende el Dasein, y se precisa y revela (sin perder un ápice de su misterio y ocultamiento) en el dominio último, posibilitante e impelente que ejerce la realidad in toto sobre la humana, cuya interpretación teísta es la religión, y cuya versión cristiana, evangélica y paulina consiste en la mística gratuita de la deiformidad humana, en una confianza sumamente práctica en la divinización misericordiosa y liberadora de la vía de la transcendencia.